El Faro del Norte

COLEGIO NORTE

La travesía fue dura, pero conseguimos arribar a puerto... «Quien la sigue, la consigue», nos repetíamos una y otra vez para no perder la esperanza. Nadie dijo que iba a ser fácil. Y, siempre con buen talante, «al mal tiempo, buena cara», aunque hubo momentos en los que pensamos que perderíamos el Norte, que jamás lo lograríamos... El rumbo estaba claro, pero el timón no respondía siempre a nuestro antojo.

Y cuando creíamos que lo peor ya había pasado, de repente, una tormenta nos despojó de la única esperanza de conseguirlo. Jamás pensamos que Poseidón pudiera tramar semejante plan. Sacudió el barco de proa a popa, de babor a estribor, arrebatándole al primer oficial la brújula, cayendo esta sobre la cubierta del barco y rompiéndose el cristal que la resguardaba. Ya no había nada que hacer...

Ante tan desesperada odisea, nos quedamos paralizados, como cuando Ulises ignoró el canto de las sirenas. Nos miramos y, sin darnos cuenta, estábamos todos abrazados... Iba a ser verdad aquello que siempre dicen los viejos pescadores: «la unión hace la fuerza»; y, como decían también los marineros más experimentados, «todos para uno y uno para todos». En aquel instante comprendimos que el **RESPETO** era tan importante como saber navegar.

Fue entonces cuando, ya sin aliento por la brusquedad de las olas que nos atrapaban, el más veterano de los tripulantes, haciendo aspavientos, lanzó un grito: «¡Colegio a la vista!, ¡Colegio a la vista!».

Pudimos divisar en el horizonte una luz que parpadeaba, como si nos estuviera haciendo un guiño hacia la salvación. Era el faro más hermoso que jamás habíamos divisado en cualquiera de nuestros itinerarios...

Aquel grito y aquella luz nos hicieron reaccionar de inmediato. Mirándonos como almas que surcan los mares, nos pusimos manos a la obra... «A grandes males, grandes remedios» pensamos mientras cada uno hacía lo que podía. «Quien teme al mar, no cruza el río», así que no podíamos rendirnos precisamente entonces. Cada uno asumió su tarea con **RESPONSABILIDAD**, sabiendo que todos éramos necesarios.

Con las fuerzas renovadas y sin perder de vista nuestro objetivo, la timonel, con gran destreza y la ayuda de cuatro de los grumetes, gobernó la embarcación y, ya cerca del puerto, ordenó echar el ancla. Todos colaboramos en aquella maniobra, en **IGUALDAD** de condiciones, sin importar quién era el más veterano o quién llevaba menos tiempo surcando los mares.

Con una gran sonrisa y los ojos llenos de lágrimas por la emoción nos dijo: "mi abuela, siempre que yo le decía que me estaba costando conseguir algo, me susurraba al oído: «la esperanza es lo último que se pierde»..." Y, después de todo lo que habíamos vivido, comprendimos que mientras hay vida, hay esperanza.

Entonces nos miramos unos a otros y sentimos que, por fin, después de tanta incertidumbre, y a sabiendas de que «después de la tormenta siempre viene la calma», habíamos llegado a puerto. Aquel faro nos guio y aquella travesía nos había enseñado que «el que no arriesga, no gana» y que, aunque el mar esté embravecido, siempre merece la pena seguir navegando.

Desde aquel entonces, cada vez que las cosas se ponen difíciles, echamos la vista atrás y, sin mediar palabra, nos miramos unos a otros. Sabemos que, mientras permanezcamos juntos, siempre encontraremos el rumbo y que, incluso cuando la brújula se rompa y parezca que hemos perdido el Norte, habrá una luz en el horizonte que nos recuerde hacia dónde debemos navegar. También aprendimos que la **TOLERANCIA** nos ayuda a comprender que no todos navegamos de la misma manera, pero que todos podemos llegar al mismo puerto.

> El Faro del Norte es la metáfora de esa luz que nunca nos abandonará y que, además de guiarnos, siempre nos recordará que «el que persevera, alcanza».